

2016

# Antebrazo

Ernesto Seman

University of Richmond, [eseman@richmond.edu](mailto:eseman@richmond.edu)

Follow this and additional works at: <http://scholarship.richmond.edu/jepson-faculty-publications>



Part of the [Latin American Literature Commons](#), and the [Leadership Studies Commons](#)

---

## Recommended Citation

Seman, Ernesto. "Antebrazo." In *Golpes. Relatos y memorias de la dictadura*, edited by Victoria Torres and Miguel Dalmaroni, 139-44. Buenos Aires, Argentina: Planeta, 2016.

This Book Chapter is brought to you for free and open access by the Jepson School of Leadership Studies at UR Scholarship Repository. It has been accepted for inclusion in Jepson School of Leadership Studies articles, book chapters and other publications by an authorized administrator of UR Scholarship Repository. For more information, please contact [scholarshiprepository@richmond.edu](mailto:scholarshiprepository@richmond.edu).

---

## ANTEBRAZO

ERNESTO SEMÁN

nada puede ser más parecido a un campo de concentración que el útero, con sus paredes húmedas y rugosas, los ruidos de afuera asordados, la luz que apenas llega. Carecemos de voluntad propia y de su ejercicio. Nuestro destino sujeto a fuerzas que imaginamos, sin saber cuándo ni porqué. Para los que vengan, en el muro oscuro con la punta del mango de una cuchara tallaría hasta hacerlas chillar: «Acá estuvo durante nueve meses Heraldo Dornou. No sabemos adónde nos llevan ni qué será de nosotros desde hoy. Marzo 1976 ¡Hasta siempre!».

Y afuera. En la mañana, salimos a la luz y nos desplegamos. Nos tiramos, caemos cuerpo a tierra. plaff. crrric. plaff. crrric, arrastrándonos sobre las rodillas y las espaldas blandas y todavía desfiguradas, con movimientos convulsionados sacudiendo las manos y las patitas, sin poder avanzar hacia ningún lado pero ocupando los puntos estratégicos de la ciudad. Babitas de sangre y caca y placenta, cráneos abiertos y caras deformes por el esfuerzo y el dolor, nuestras muecas incontrolables.

Me hubiera parapetado sobre el borde del hueco en el que estuvimos encallados después del primer aullido, con mi metralla apuntando contra todas esas formas que se movían en medio de una luz incandescente. Ratatatatá, ratatatá, ratatatá. Ahí me hubiera quedado defendiendo nuestro territorio liberado hasta convertirlo en eso, nuestro y liberado, acá sufrimos y acá reconstruiremos nuestras vidas, defendiéndolo para siempre de cualquier injerencia extranjera que nos quiera imponer su abominable modo de vida,

---

sus vicios y sus comidas. Nunca más el enemigo penetraría esta fortaleza sacudiendo los muros de nuestra nación con su cañón prepotente. Lo que verían sería a nosotros, asomando desde adentro la puntita de nuestras armas y eso sería suficiente advertencia. Con el siguiente empujón perdimos para siempre nuestras posiciones y la ilusión de retener el útero para nosotros y para siempre. El enemigo viene de afuera, pero es desde adentro que nos echan. Terminamos en la calle, un ejército en una ciudad desolada, debajo de los casquitos con las armas en la mano, tortugas invisibles debajo de nuestro caparazón verde oliva invadiendo cada rincón y expandiéndonos sobre las calles y las vías del tren y las estaciones de subte y las fábricas, gritándole a todo el mundo más por miedo que por otra cosa, pateando puertas y revoleando culatazos hasta que no quede duda de que, una vez que llegamos, vinimos para quedarnos. El útero era un infierno, pero era nuestro infierno. Afuera estamos más solos, por eso valió su defensa contra todos y contra toda lógica y razón.

\* \* \* \*

Desde la vereda húmeda por la llovizna de la madrugada lo primero que veo es un hombre que pasa caminando rápido delante nuestro. Tiene los ojos claros pero parecen oscuros. Lo más curioso que observo desde abajo del casco es que no evita nuestra mirada ni la confronta, tiene los ojos clavados hacia adelante desconectados del resto de su sistema nervioso. Lleva el piloto claro de *Casablanca* y un portafolios de cuero marrón apenas gastado y un pantalón que le calza apenas grande para una cintura que tiene que haber sido algo más ancha en el pasado reciente y unos anteojos de marco de nácar oscuro. Hay toda toda una historia, la de una o dos décadas, que podrá contarse a partir de los anteojos con marcos de nácar grueso y oscuro, el paso firme y la mirada decidida hacia adelante, perpendicular al piso, divisando un horizonte seguro. Y debería llevar sombrero, alguien así en un día como este debería llevar sombrero, pero el primer hombre al que veo no lleva som-

---

brero y aquí los hechos deben dar forma a la literatura y no al revés, así que el primer hombre al que veo tiene el pelo oscuro húmedo peinado. Del portafolio sobresalen unos discos, se ve la foto de la parte de atrás del saco de Frank Sinatra y en otro las letras «can» al comienzo de una palabra que muy probablemente haya sido «canción» o «canciones». No hay, desde afuera, acceso a los papeles, «*Konzentrationslager*» anotado al margen de una lista indecifrable de nombres y números, los tres pasaportes con la misma foto de este mismo hombre y el mismo nombre en cada uno de ellos.

Detrás suyo viene alguien siguiéndole el paso a poca distancia, la mirada también fija, hacia adelante, no tensa, pero firme como para que entre el mentón y la nuez no haya un solo espacio de carne colgando. Casi sobre sus pasos aparecen dos más, los mismos pantalones algo más grandes que lo necesario, los mismos anteojos, el mismo portafolio. Los que vienen detrás parecen caminar más rápido, pero es solo el efecto visual que producen varios brazos y piernas moviéndose al mismo tiempo y en la misma dirección, dispersos a lo ancho de la vereda. Miro para adelante y los veo de espaldas, alejándose, cada vez más claros, de vidrio y transparentes, salvo en el marco de sus anteojos.

No alcanzo a ver cómo se acercan los últimos porque estoy observando la espalda de los que se van. Con su pie derecho patea el casco y roza mi fusil. Cierro los ojos por instinto y cuando apoya el pie en la vereda escucho el chillido debajo del casco de adelante, un hilo finito de voz que se fue apagando en no más de tres segundos hasta terminar en un ronquido corto.

Entonces asomo la cabeza por debajo del casco, salgo y camino algo más rápido que el resto, los alcanzo y quedo en el medio de esa pequeña multitud, con el flujo de hombres que no se ha detenido. Podría ser uno de ellos, solo que todo el resto es de vidrio, y yo de carne y hueso. Miro para adelante y me voy reconociendo. Y lo primero que noto es que no caminamos, que la vereda se mueve para atrás y estamos todos en el mismo lugar, a todo lo que da. Veo al hombre de adelante, me acomodo el marco de nácar de mis anteojos, y trato de leer qué hay en su portafolio y cuanto más

---

leo y más camino, más veo quien soy. Soy Rodolfo Walsh, soy Elías Semán, soy Ricardo Klement.

\* \* \* \*

Si pudiéramos escuchar al revés la cinta de este país, como un disco con canciones de los Beatles, me pregunto qué secretos dichos en voz baja descubriríamos.

\* \* \* \*

Cuando me doy cuenta de que estamos cerca de la esquina, de que siempre hemos estado cerca de la esquina, apuro el paso, me corro hacia el cordón de la vereda sin tocar nunca a nadie, y salto a la calle. Cruzo, paro delante de un teléfono público, dudo sobre si llamar a casa para avisar que estaré ahí un poco más tarde. No encuentro ningún cospel en el bolsillo, así que sigo. Sigo caminando y ya soy el que tengo que llegar a tiempo para llevar a Gabriel y su amigo a la cancha a ver a All Boys. Subo los tres pisos por la escalera y cuando abro la puerta saludo a todos con la voz todavía entrecortada por el esfuerzo. Ya no miro hacia adelante con el cuello firme sino hacia abajo, donde Gabriel salta en puntas de pie tratando de alcanzar mi mano primero y el antebrazo después, trepándose. Sus manos fueron la primera evidencia de la desproporción que hay entre su cuerpo y el mío, colgándose de mi antebrazo sin poder abarcarlo enteramente. Eso fue hace apenas unos meses, jugando al nazi y al cangrejo. Nos habíamos levantado a la mañana temprano en el Tigre, y lo primero que vio Gabriel desde el rellano de la escalera de madera fue a uno de esos cangrejos de río mimetizados con el marrón del agua. Había subido casi toda la escalera y estaba a un escalón de la casa, arrastrando un pedazo de una hoja en la que se veía la foto de una svástica iluminada en algún edificio, seguramente la página de alguna revista que tiró algún vecino o que venía bajando por el río. Bajamos hasta el pasto con sus pies en el aire, colgado de mi antebrazo con sus manos

---

pequeñas, caminando para atrás, los dos con la mirada puesta en el cangrejo. Lo levantaba con el brazo por el aire hasta tenerlo cerca como para sentirle el aliento a hambre de la mañana. De ahí había quedado lo de jugar al nazi y el cangrejo, que consistía en que lo llevara colgando escaleras arriba y abajo en cualquier lugar, aunque yo insistí luego en que, aunque no dejáramos de jugar, cambiáramos el nombre del juego, porque también pensé que alguien podía interpretar lo del nazi en cualquier sentido, no podría precisar en cuál, que fuera tomado de mala manera.

Fue ahí que vi por primera vez qué sólido y ancho era mi antebrazo, y todo esto me vuelve a la cabeza al verlo a Gabriel ahora apurándose para quedar con las patas colgando y bajar los tres pisos hasta la calle. Los llevo a él y a su amigo caminando rápido para llegar antes de que empiece el partido. Cruzamos Sanabria y avanzamos con el resto de la gente que va hacia la cancha en una procesión algo desordenada, con las familias caminando más lento que los hombres solos. Es un partido de All Boys y Argentinos Juniors en el que no hay mucho en juego. Pero en el segundo tiempo, desde los escalones de cemento a muy pocos metros de la cancha, vemos mover la pelota frente a la línea, dos veces, a Diego Maradona, el adolescente chiquito y menudo de Argentinos Juniors. El partido es, de todos modos, intrascendente, pero Gabriel y su amigo lo comentan a la salida con entusiasmo por los cantitos nuevos de la hinchada, por las jugadas de Maradona, por el gol de Brailovsky, por el contacto con toda esa otra gente que ahora sale con nosotros a la calle.

Volvemos caminando por Miranda pero por la vereda de enfrente de la cancha. Gabriel y su amigo se adelantan, pasan a muchos de los que tengo adelante y entre las piernas de los otros caminantes los puedo ver escabulléndose hacia el baldío, correr en sentido contrario al resto de la gente y volver hacia mí para decirme que se van a quedar jugando en la plaza y vuelven más tarde. Sigo caminando en dirección a Segurolo, la gente que tengo delante se va dispersando en todas las direcciones posibles. Es recién ahí cuando abajo, en la otra cuadra, del lado del cordón, don-

---

de termina la vereda de tierra del baldío, veo todos los cascos en formación. Están sobre las baldosas, y veo que nadie los ve. Quiero llegar rápido antes de que alguien los patee, levanto la cabeza y fijo la mirada hacia adelante, mi cuerpo cada vez más pequeño hasta que yo también puedo escabullirme entre las piernas del resto, pasar sin ser visto acurrucarme dentro del casco a ver pasar la ola de gente que desde este rincón ya se empieza a disolver por todo Buenos Aires.